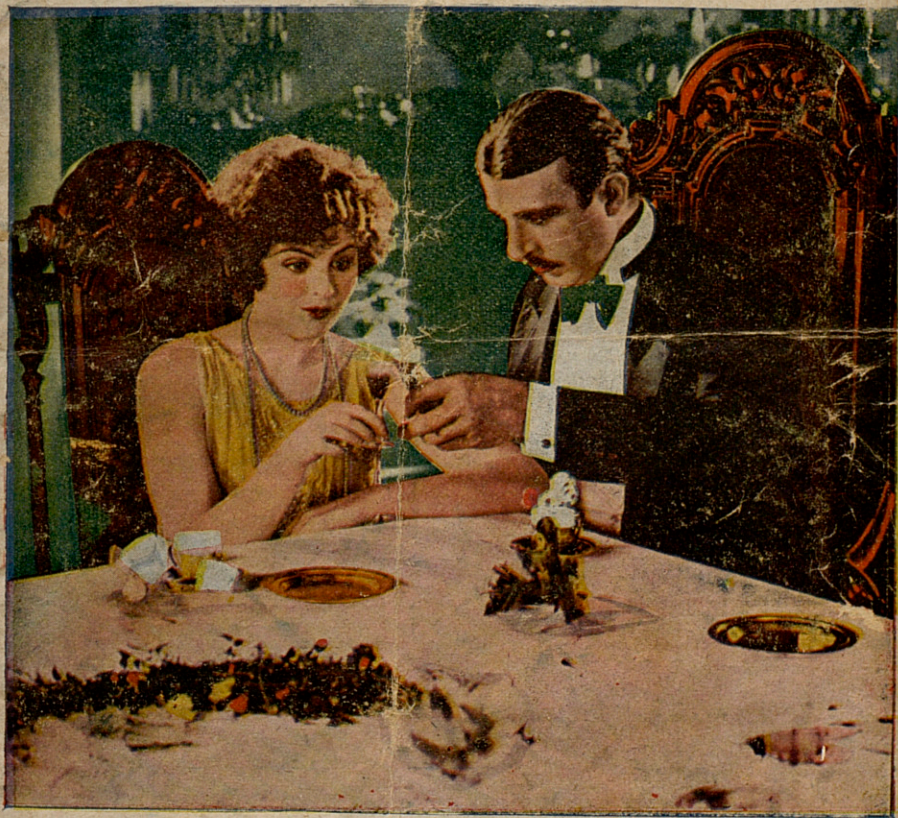


LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

LUCES Y SOMBRAS



Novela cinematográfica de intensa emoción, basada en la magnífica película de igual título, interpretada por la genial estrella de la pantalla
ELAINE HAMMERSTEIN

25 CTS.

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

Redacción y Administración Mora de Ebro, 141 - BARCELONA (Vallcarca)

LUCES Y SOMBRAS

Versión literaria de la hermosísima superproducción dramática de igual título, magistralmente interpretada por la bellísima y elegante estrella
ELAINE HAMMERSTEIN

Exclusiva; PROCINE, S. A., Consejo, de Ciento, 332
BARCELONA



A una y otra orilla del río más transitado del mundo, la ciudad de Nueva York, cual un pulpo gigantesco, extiende en todas direcciones la amenaza de sus tentáculos. Y sobre ella, como sobre un tablero de ajedrez, el Destino juega, indiferente, con las piezas, que son las vidas de los hombres.

En los barrios bajos de la ciudad, allí donde la máscara de la vida acentúa su gesto dramático, se halla enclavada, como un oasis de placer y una fuente de olvido, el "cabaret" del irlandés

Mike, hombre emprendedor, de arraigado espíritu comercial, que nunca pregunta a sus clientes dónde procede su dinero, sino simplemente, si lo tienen.

Era la alegría del "cabaret" en la época de nuestro relato, la gentil Mary Nolan, una joya de los suburbios, con todo el encanto picaresco de la calle. En ella se realizaba el milagro de mantener pura en tan fementido ambiente, como esas lindas florecillas que crecen aisladas entre el fango.

Mary tenía en aquel estableci-

miento un compañero inseparable en la persona de Pedro Everest, camarero de la casa. Juntos se habían criado en la libertad de la calle, y cuando llegara para ellos la hora de abandonar sus infantiles juegos, ambos se habían dado cuenta de que un amor mutuo inundaba sus almas.

La clientela del cabaret era por demás abigarrada y cosmopolita. Muchachos jóvenes e inexpertos, seniles Don Juanes, individuos cuyos medios de vida los constituían inconfesables negocios...

Entre estos últimos, destacaba por su espléndidez Narciso Stove, especialista en el difícil y arriesgado arte de hacer desaparecer las carteras de los bolsillos del prójimo.

Aquella noche, había terminado Mary uno de sus números de baile predilectos, cuando Stove, que había abusado del champán, se puso en pie y corrió en pos de ella, gritando:

—¡Has estado mejor que nunca, Mary! ¡Eres el número uno entre las estrellas habidas y por haber!

Y, echando mano a su repleto bolsillo, sacó de él un puñado de monedas de oro, que depositó en las manos de la joven al mismo tiempo que añadía:

—¡Para ti, pequeña! ¡Narciso Stove, sabe ser generoso con las muchachas bonitas!

Ella agradeció con una encantadora sonrisa el presente.

—Escucha, Mary—siguió di-

ciendo el carterista.—¿No te das cuenta de que estás perdiendo miserablemente el tiempo en este barracón indecente? Si tú quieres, yo te llevaré a otros sitios donde podrás brillar como mereces...

Diciendo estas palabras, Stove había pasado su brazo por la cintura de la joven, con ánimo de estrecharla contra él... Pero, cuando fué a darle un beso, Everest, que hacía rato le estaba vigilando, acudió y dando un formidable empujón al carterista, le hizo rodar al suelo.

—¿Te has creído que Mary es de las que se venden a cambio de un puñado de oro, canalla?—le dijo.

El escándalo que se armó fué mayúsculo. Stove, cobarde como todos los ladrones, no se atrevió a volverse contra su agresor. Pero se fué en busca del dueño y le dijo:

—¡Despida usted a ese sujeto, Mike, o mis amigos y yo le declaramos el boicot!

Marv se había refugiado en un rincón, llorando amargamente. Pedro acudió a consolarla.

—No es nada, Mary...—la dijo.—Pero este incidente viene a demostrarme una vez más lo que tantas veces he pensado: que no puedes seguir más tiempo aquí.

—Ten un poco de paciencia, Pedro mío...—suplicó la muchacha.—Esperemos a que se presente una ocasión propicia...

—¡No!—repitió el muchacho.

—¡No puede ser más! ¡Tengo prisa por terminar de una vez esta situación!

Ella le contempló conmovida.

—No puedes imaginarte, cuánto te agradezco el que hayas acudido en mi defensa, Pedro—murmuró Mary.—Pero, en lo sucesivo, sé más prudente, porque ya sabes cuánto te amo, y nada más el miedo de que pudiera ocurrirte algo que trastorna y atormenta...

Mike, con tono imperativo, cortó el diálogo.

—Tengo que hablar contigo, Pedro—dijo al camarero cogiéndole del brazo.

—Usted dirá—repuso éste.

—Has faltado al respeto a un cliente de la casa, y mis parroquianos son sagrados. Por lo tanto, quedas despedido de esta casa.

—Perfectamente—repuso Ma-

ry Nolan, sin dar tiempo a que Pedro pudiera pronunciar una sola palabra.—Lo que hace usted con Everest es una injusticia, pero le advierto que, puesto que le despide, yo me voy también del "cabaret".

Y, echándose el abrigo sobre las espaldas, fué a salir, pero el camarero la detuvo.

—No tenemos derecho a perjudicar los intereses del dueño...—dijo.—Al fin y al cabo, lo que él ha hecho conmigo, no es sino defender su negocio...

Mike, al oír aquellas nobles palabras, volvió a llamar a Everest.

—¡Eres un gran hombre! —le dijo.— ¡Y para que veas que yo también sé portarme como un caballero, vuelve al trabajo si quieres, muchacho y aquí no ha pasado nada!

II

Mientras se desarrollaba aquella escena, un nuevo cliente hizo su entrada en el cabaret, siendo recibido con las mayores pruebas de consideración y respeto por el personal de la casa.

Tratábase nada menos que de Esteban Kelsey, individuo representante de las más altas esferas. Era un popularísimo escritor de revistas de gran es-

pectáculo, pertenecía, además, a la policía secreta y reunía la gran condición de ser, en todo y por todo, un hombre noble y bueno.

—¡Es Kelsey! — exclamó Narciso Stove.—Un buen golpe, porque va siempre forrado de billetes de Banco...

Mike se acercó al nuevo parroquiano, a quien conocía de vista.

—Señor Kelsey—le dijo—su visita me sorprende tanto como me honra.

—En mi sección de policía, Mike—repuso Kelsey con acento grave, — llueven denuncias contra usted, Mike... Si ello continúa, no le extrañe que un día me vea obligado a cerrarle el establecimiento. Conque no haga protestas de inocencia, que en nada han de valerle, porque sé perfectamente de qué clase de gentecita es albergue este "cabaret" y de reincidir, me vería obligado a tomar contra usted medidas desagradables...

Y, sin añadir palabra, Kelsey, fué a sentarse ante una mesa, pidió un refresco, pagó y se ausentó rápidamente de aquel lugar.

Cuando la función hubo terminado Mary y Pedro salieron juntos, como tenían por costumbre.

—¡Mary! ¡Ahí está la ocasión! ¡La ocasión única! — le dijo Pedro.—El señor Kelsey podría contratarte para alguna de sus revistas... Se ha fijado mucho en tí, cuando bailabas... ¿Por qué no vas a verle?

—Es inútil—contestó ella con aire de abatimiento.—Yo no tengo dinero para comprarme vestidos que me permitan poder trabajar en espectáculos de esa categoría...

—¡Yo lo tengo! — repuso Pedro.—¡Mira!

Y mostró a Mary una carte-

ra repleta de billetes de Banco.

—¿De dónde has sacado ese dinero?—preguntó asombrada la bailarina.

—Me... lo encontré... en la sala...—murmuró Everest con tono inseguro.

—¡Pero ese dinero es de alguien! ¡Y nosotros no tenemos derecho a guardárnoslo!

¡Bah! — repuso el camarero. — ¡Dejémos de escrúpulos! ¿Sabes tú lo que esto significa? Vestidos nuevos para ti. La ocasión de lograr tu triunfo...

Se separaron tras un casto beso. Al día siguiente, después de la obligada visita a los grandes almacenes de confección, Mary, ya en condiciones de tomarle el pulso a la suerte, se encaminó junto con Pedro a las oficinas de Kelsey, centro de contratación de todas las caras bonitas que alegraban las revistas de Broadway.

—El señor Kelsey tiene ahora visita... —les dijo un criado.—Esperen ustedes, si gustan.

Sentáronse en un banco y a poco vieron aparecer a un hombre de unos cuarenta años de edad, de rostro bastante antipático, que contempló a la muchacha con mal disimulada curiosidad.

Era Federico Andrews, el socio de Kelsey, que había aportado el mágico poder de sus millones. Ambicioso y egoísta, afirmaba, en su cinismo de hombre mundano que con dinero, no ha-

bía cosa que no se pudiera comprar.

Junto a la sala de espera, se hallaba el teléfono. A él se dirigió Andrews, tomando el auricular de manos de la telefonista.

—Déjeme el aparato — exclamó.



—Si quieres, yo te llevaré a otros sitios donde podrás brillar como mereces

mó. — Habla desde aquí mismo pues es asunto particular.

Mary, curiosa como todas las mujeres, escuchaba... Federico contestaba a una mujer, su amiga, seguramente...

—¿Ah, sí? ¿Son bonitos los abrigos?... Bien... Pues dile a

la casa Suzy que me manden la factura, y la pagaré sin chistar...

¿Qué dices, que prefieres que yo escoja? No, mujer, no... Comprate lo que te parezca y listos... Bueno... bueno... Pues si es tal tu deseo, te vendré a buscar a la salida de la ofici-

na y elegiremos juntos...

Colgó Andrews el auricular y, al pasar junto a Mary Nolan, la dijo:

—¿Qué deseaba usted, señorita?

—Venía a ver al señor Kelsey... para ofrecerle mis servi-

cios como bailarina en alguna de sus revistas... Pero me han dicho que tenía visita...

—En estas oficinas no se hace esperar nunca a las muchachas bonitas — repuso el millonario.—Venga usted conmigo...

Esperanzada, la muchacha se puso en pie y se fué en seguimiento de Andrews. Pero, minu-

tos después apareció de nuevo en la sala de espera y dijo a Pedro con profundo desencanto:

—El señor Andrews quería admitirme inmediatamente, pero el señor Kelsey se opuso, diciéndome que me faltaba experiencia teatral... ¡Adiós nuestras ilusiones, Pedro!

III

Aquella noche, se celebraba una fiesta mundana en casa de Esteban Kelsey. Periodistas, escritores, autores, estrellas y figurantes de sus revistas escanciaban el cañapán que cantaba su canción de risas en las cristalinicas copas.

—He oído decir —exclamó de pronto Andrews—que anoche le robaron la cartera, Kelsey...

—Es verdad. Noté su desaparición poco después de haber salido del "cabaret" de Mike, el irlandés... Creo que estamos sobre la pista...

En efecto. El policía Morton, terror de cuantos hombres viven haciendo cabriolas, audaces sobre los textos de la ley, sospechaba de Pedro Sverest, al que vigilaban sin descanso.

Mary, angustiada, dijo al camarero:

—Esa cartera es un motivo de inquietud para mí, Pedro... Mi-

ra que si de pronto se presenta su dueño a reclamarla... ¿Qué vamos a decir?

El pobre muchacho bajó la cabeza y no pudo, por más tiempo callar la horrenda culpa:

—Mentí, cuando te dije que me había encontrado esa cartera, Mary... La robé... Pertenece al señor Kelsey...

—¡Dios mío! ¿Qué has hecho? —exclamó la infeliz bailarina, horrorizada.—¡Van a prenderte! ¡Seguramente, ese policía que anda por ahí va en tu busca... ¡Y fué por mí, Pedro! ¡Fué por mí, que robaste! ¡Anda... Vé en busca de Morton, y saldremos de dudas... Preferible es la verdad, por amarga que sea, a esta horrible incertidumbre...

Morton, al descubrir a Pedro, le cortó el paso, diciéndole con acento burlón:

—¡Caramba, Everest! Lleva

usted muy buena ropa... ¿Acaso ha heredado de algún pariente rico?

Pedro, pálido como un muerto no supo qué contestar.

—Tampoco Mary llevaba tan buena ropa...—siguió diciendo el policía.—Decididamente, la [for-

acompañarme sin llamar la atención.

Pedro bajó la cabeza. Sin atreverse siquiera a decir adiós a su amada, marchó con el policía mientras la bailarina estallaba en agudos sollozos...

Una idea, de pronto, cruzó la



—Te quiero tanto, que tiemblo el pensar que podría ocurrirte algo desagradable...

tuna se ha dignado sonreír para ustedes...

Y, antes de que el infeliz Everest, tuviera tiempo de resucitar, Morton añadió:

—Estoy enterado de todo. Lo mejor que puede usted hacer, es

mente de la muchacha.

Ir a ver al señor Kelsey. Sabía que era hombre noble y de buenos sentimientos... Tal vez se apiadaría del infeliz camarero, y le perdonaría...

Cuando llegó a la oficina de

Esteban, el criado le hizo pasar inmediatamente.

—Perdóneme que le haya venido a molestarle, señor Kelsey—dijo Mary Nolán con trémula voz.—Pero es que estoy loca, desesperada... Acaban de detener a mi novio por haber robado su cartera.

—¿Y bien?—dijo Kelsey.

—¡Yo le juro que Pedro no es un ladrón, señor Kelsey! ¡En toda su vida no ha cometido un solo acto censurable! ¡Por el amor de Dios! ¡Sáquelo de la cárcel! ¡Yo le aseguro que no es él el autor del delito!

—De veras, siento su pena, señorita...—dijo Kelsey, sinceramente emocionado por el doloroso tono con que se expresaba la muchacha.—Voy a ver lo que se puede hacer por él...

Descolgó el auricular del teléfono y pidió comunicación con la Jefatura Superior de Policía, que no tardó en serle concedida.

—¿Jefatura?—murmuró.—Soy Kelsey... Deseo hablar un

momento con el señor jefe...
—¿Ah, es usted? Bien... Le llamo para hablarle a propósito del detenido Pedro Everest... Creo que se trata de una equivocación...
—¿Cómo? ¿Se sabe positivamente que es él el autor del robo?...
—Ah! Siendo así, nada... Perdóne usted la molestia... Gracias...

Y Kelsey dejó caer el auricular.

—No me es posible hacer nada en obsequio de su novio, señorita...—repitió Kelsey.—¿Quiere usted aceptar un puesto en mi última revista?

—¡Oh! ¡Ya lo creo con muchísimo gusto!

Al decir aquellas palabras, la infeliz pensaba que al menos de aquella manera, ahora que le faltaba el apoyo de Pedro, podría al menos huir para siempre del "cabaret" donde hasta entonces se había desarrollado su vida, expuesta a las asechanzas y a los peligros de la clientela que frecuentaba el establecimiento del irlandés...

IV

Algunos días después, en uno de los más elegantes teatros de Broadway, se ensayaba activamente la última revista de Esteban Kelsey.

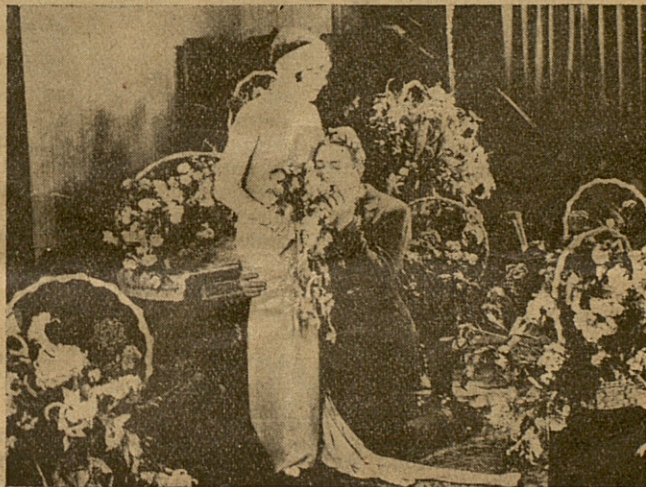
Mary había sido admitida en ella como figurante. Federico Andrews, que, desde los primeros momentos, se había prendado de las gracias de la humilde bailarina

del "cabaret" de Mike, hizo cuanto pudo para que ascendiera de categoría, pensando que si llegaba a hacer de ella una verdadera artista, en modo alguno podría rehusarle sus favores.

Pasó un año. El Destino, en su

que representaría el papel de protagonista, y el estreno, anunciado profusamente, despertó verdadera expectación.

Y, pocas horas antes de comenzar la representación, en el momento en que la bailarina se disponía a gustar de las mieles



—Estoy orgulloso de su triunfo, Mary...

juego caprichoso, cogió del tablero de ajedrez un peón y lo elevó a la categoría de reina y así, el nombre de Mary Nolán de la noche a la mañana, se hizo popular en Nueva York.

En la primera revista de la temporada de otoño, anuncióse

del triunfo, un "botones" le entregó un sobrecito azul, que Mary abrió temblando de emoción.

Era un telegrama que Pedro le enviaba desde presidio...

"Asisto con el alma a tu triunfo, Mary—decía el telegrama.— ¡Qué pena no poderte recibir

en mis brazos cuando suenan aún en tus oídos los aplausos del público!"

Trémula, estrechó Mary Nolan contra su pecho aquel pedacito de papel... Pero le pareció que aquella misiva angustiosa era como un consuelo que la hacía reaccionar y la daba fuerzas para luchar y vencer.

✱

Federico Andrews, iba y venía por el escenario, cuidando de los menores detalles de la presentación.

—¡El teatro está de bote en bote, Mary!—la dijo.—¡Por usted y sólo por usted! ¡Hasta Mike el irlandés, acompañado de su cara mitad y de un amigo suyo, que ha dejado el caballo a la puerta, están dentro de la sala!

—Tengo mucho miedo, Andrews... — confesó ella. — Temo fracasar...

—¿Por qué?

—No sé... Es como si hubiera subido alto, muy alto, y sintiese de pronto que me faltan las fuerzas para sostenerme...

—¡No tenga usted miedo! ¡A mi lado, se triunfa, Mary!

—Siempre tan galante, Federico... — dijo con voz baja a Andrews, el crítico del "New York Herald"... Estoy seguro que fie-

nes ya a Mary completamente conquistada...

—¡Va a levantarse el telón; Mary! — dijo Federico.— Se hizo un silencio solemne en la sala y el telón, majestuosamente empezó a ascender.

✱

Fué una noche de estreno memorable. Las ovaciones se sucedían unas a otras, obligando, a instantes, a suspender la representación. Cuando terminó el último cuadro, los críticos convinieron en que la presentación como estrella de Mary Nolan, había constituido un triunfo sin precedentes.

—¡Este éxito merece celebrarse dignamente! — dijo Andrews, cuando la sala quedó vacía.

—¡Ha estado usted bien, Mary, realmente bien! ¡Créame que me siento orgullosa de usted, porque en cierto modo, yo la he hecho artísticamente... Ande, cámbiese de ropa, que nos iremos a celebrar el triunfo a un "cabaret" de moda...

Ella rehusó, alegando que estaba cansada, pero en realidad queriendo huir de Andrews, cuyos torpes deseos había adivinado.

Kelsey reservaba a la joven una gratísima sorpresa.

Una amnistía concedida a últimas horas de la tarde por el Gobierno, e inmediatamente cumplimentada, había hecho poner en libertad a Pedro Everest, que la aguardaba en la puerta.

—¡Mary!—dijo Kelsey.—¡Esta ha sido la noche de su triun-

fo, pero será también la noche de su dicha! ¡Pedro está libre! ¡Tómelo!

Y lanzó materialmente en sus brazos, radiante de felicidad, al pobre muchacho que lloraba de emoción y de agradecimiento



Una colección de maniqués vivientes desfilaba al son de la música.

V

Pasaron para la pareja días de imponderable dicha. Pedro, casi cada día, al terminar la representación, acudía a buscar a Mary al teatro, con gran disgus-

to de Andrews, a quien la presencia de Everest hacía muy poca gracia

Una noche, el muchacho, con ánimo de darle una sorpresa, di-

jo a Kelsey:

—Mary no sabe que vengo esta noche... La esperaré aquí fuera, y le daré una sorpresa.

—Como usted quiera, Pedro.

Andrews, aquella noche, se había propuesto dar un paso definitivo, e invitó a la estrella a que la acompañara a su casa, donde se daba, según dijo, una pequeña fiesta...

—¿No vendrá usted, Kelsey — preguntó a su socio.

—No señor. Quiero escribir esta noche las primeras escenas de un drama histórico que voy a hacer para que lo estrene Mary... Y, a propósito: supongo que usted no la obligará a que tome parte en una de esas orgías a las que usted llama pequeñas fiestas.

Andrews se encogió de espaldas, y, tomando del brazo a Mary, la llevó hasta la puerta, donde un lujosísimo "Rolls" les esperaba.

Diez minutos más tarde el coche les dejaba ante la suntuosa morada de Federico Andrews. El ascensor les condujo hasta los salones del primer piso, profusamente iluminados.

Al cruzar la puerta de entrada, un criado hizo entrega de una cajita cerrada a Mary.

—¿Qué es esto?—dijo ella, sorprendida.

—¡Oh! ¡Nada de particular! — replicó Federico. — Todas las invitadas se han encontrado con un obsequio semejante... Se trata de una bro-

ma inocente... Ya se enterará usted luego...

Y, con un fútil pretexto se alejó de ella, dejándola sola. Sabía que la curiosidad la impulsaría a abrir la caja, y no dudaba lo grata que sería para ella la "pequeña sorpresa" que le había reservado...

Era una magnífica sortija, con un enorme brillante, de purísimas aguas... Dentro del estuche, una tarjeta respaldada de Federico Andrews, decía así:

"Para la mujer más bonita del mundo, del más rendido de sus admiradores."

Andrews, que desde lejos, no había cesado de observarla un instante, se acercó de nuevo a Mary Nolan.

—Hágame compañía esta noche...—la dijo — aunque sea por una sola vez... Ahora presenciará usted un espectáculo muy "chic"... Una colección de maniqués vivientes que desfilará ante nosotros al son de la música, mientras bebemos una copa de champán...

Un momento de debilidad, y las doradas burbujas del divino licor apresaron a Mary, echando sobre ella la red de todas las tentaciones...

—¡Oh!—murmuró cuando se dió cuenta de que no iba a saber resistir a las caricias de Federico Andrews.— ¡Pedro! ¡Pedro mío! ¡Que venga Pedro!

Como si el muchacho la hubiese estado escuchando, Everest irrumpió violentamente en

la sala, desafiando a los criados que intentaban retenerle.

—¿Dónde está Mary?—gritaba.

—La señorita Nolan—dijo cí-

—¡Miente usted descaradamente! — gritó Everest.— ¡Yo vengo de su casa y no está allí!

Y, al verla aparecer, con mirada de indignación y de desprecio



Mary no supo decir que no a Kelsey cuando este le declaró los nobles sentimientos que le animaban...

nicamente Andrews—ha salido para su casa hace una hora.

Pro Mary había salido en pos de Federico al oír las voces de su novio.

la hizo saber, harto elocuentemente, el concepto que formaba de aquella inocente escapada...

—¡Y tú eras la que decías

que no cambiarías para mí! ¡Al fin y al cabo, eres igual que todas!

—¡Pedro, Pedro mío! — imploró ella.—¡No soy culpable! ¡Te lo juro! ¡Por nuestro amor, por nuestro cariño! ¡Créeme! ¡Me condenan las apariencias!

¡No es lo que tú te figuras!

Pero el muchacho, loco, fuera de sí, no había querido escuchar más, y, dando un violento portazo, abandonaba la casa de Federico Andrews, en donde acaba de recibir la más tremenda de las desiluciones.

IV

A consecuencia de la tremenda emoción recibida, Mary enfermó, y su dolencia la tuvo largo tiempo retenida en el lecho.

Durante los días de su enfermedad, Kelsey se portó con ella como un verdadero hermano. Veló su sueño, envió a buscar a los mejores facultativos de Nueva York y de su bolsillo particular, sufragó todos los gastos que se produjeron.

Todo aquello irritó profundamente a Andrews.

—Usted, Kelsey,—le dijo un día—hace ya demasiado tiempo que se está entrometiendo en mis asuntos particulares, y esto no puedo tolerarlo. ¡Desde este momento, retiro mi capital y dejo de formar sociedad con usted!

Andrews creía dar con aquellas palabras un golpe de efecto. Pero Kelsey le contestó tranquilamente:

—Me parece muy razonable

su determinación. El arte no necesita de gente de la calaña de usted, Andrews. Acepto con gusto su dimisión.

Malhumorado por su fracaso, Federico marchóse para no volver más.

Poco a poco Mary iba restableciéndose y se preparaba ya su triunfal regreso a las tablas.

—Soy muy desgraciada... — confesaba a Kelsey.—Pedro ha huído de mí, sin dejarme explicar siquiera, despidiéndose con una sencilla carta en la que me llena de injustos reproches...

—Pedro volverá repuso Kelsey. — Cuando se lleva el amor dentro del alma, se acaba siempre comprendiendo y hasta perdonando.

Mas Pedro Everest no volvió y al correr de los días, de las semanas, de los meses, Mary Nolan, escuchó otras palabras dulces, que si en su corazón no encontraban eco de amor, la ha-

llaban de afecto y simpatía.

Esteban Kelsay se había enamorado perdidamente de ella.

Cuando le declaró los nobles sentimientos que le animaban, la joven no supo rehusar. ¿Cómo podía ella, ahora que se le presentaba ocasión de formar un hogar dulce y apacible, ella, hija del arroyo, huérfana de todo cariño materno, decir que no?

La boda se celebró con toda pompa, poco tiempo después...

Y he aquí que nuevamente el Destino, burlón, se complacía en colocar sobre el tablero una figura inesperada, en el momento en que el juego iba a terminar...

Pasados los primeros días de la luna de miel, iba a estrenarse el drama "Luces y Sombras", que Esteban había escrito expresamente para su mujer.

La escena se desarrollaba en una prisión francesa, durante la gloriosa revolución de 1789.



La noche del estreno, en el teatro no se hallaba una sola localidad vacía.

Levantóse el telón. Los dos primeros actos se desarrollaron entre clamorosos aplausos. Principió la representación del tercero, que ante las aclamaciones del público hubo de suspenderse varias veces. Y la escena final dió principio.

La plebe intentaba saltar, según el argumento, la prisión en donde gemía Juana, la protagonista, que interpretaba, como ya hemos dicho, Mary Nolan Germán, prometido de Juana, abandonada por su antiguo prometido Pablo, que aparecía al final de la escena, acudía a salvarla...

—¡Juana! ¡La plebe pide tu vida! ¡Vengo a salvarte!

—Eres bueno, Germán. ¡Si Pablo hubiese creído en mí como tú has creído!...

—¡Oh! ¡Dulce amada! ¡Perdóname por haber dudado de ti! ¡Fuí ciego! ¡Fuí cobarde!

—Te perdono, Pablo... Es demasiado tarde, pero te perdono...

Cayó el telón entre una estruendosa ovación. Y, mientras el público se dispersaba elogiando el drama recién estrenado, un hombre que había asistido a la representación, lloraba y se desesperaba, recordando las escenas de ficción en donde viera reflejada su propia tragedia...

Era Pedro Everest.

Kelsey, que acababa de salir a la sala, le reconoció.

—¡Pedro! — le dijo. — ¿Dónde se ha metido usted durante tanto tiempo?

El infeliz no supo qué contestar.

—Venga... —repitió Esteban— ¡Entre en el escenario! ¡Mary se alegrará de verle!...

Kelsey, comprendiendo la dolorosa escena, les dejó solos.

8.19-2-6/8

Ambos se hallaron frente a frente.

—¡Mary!

—¡Pedro!

Este bajó la cabeza, sin saber qué decir... Ella se acercó al hombre a quien tanto amara a quien amaba todavía, y con voz melancólica le dijo:

—Vienes ahora... ¿Porqué has tardado tanto? ¡Llegas precisamente ahora, que Kelsey y yo acabamos de casarnos!

Everest seguía silencioso.

—No somos nosotros los dueños de nuestra voluntad, Pedro, —murmuró ella con tono dulce y acariciador—. Es el destino que juega con nosotros, poniendo en nuestras vidas, alternativamente, luces y sombras.

Pedro, con los ojos preñados de lágrimas, hizo un gesto vago y se dirigió hacia la puerta, balbuceando:

—Deseo... que seas... muy feliz... Mary...

—Yo también... te deseo que vivas dichoso... Pedro...

—¡Adios, Mary! ¡Adios para siempre!

Mary había quedado sola, en medio de la escena. Con el corazón adolorido, pensaba en la tragedia de su vida... Luces y sombras... Dicha y dolor... Ahora vivía al lado de un hombre bueno, el tiempo pasaría sobre ella la esponja del olvido, y un día, quizás, en su vida volvería a refulgir la luz del amor...

FIN

LA NOVELA IDEAL CINEMATOGRAFICA

ALBUM DE ART STAS DE LA PANTALLA



SIGRID HOLMGUIST

Es una de las estrellas que con mayor frecuencia aparecen en los films de la formidable manufactura norteamericana Paramount Pictures. Artista de insuperable belleza, cuyo porte elegante y distinguido seduce a los públicos y encanta a cuantos han tenido ocasión de frecuentar su trato, es la muchacha de toda la legión de estrellas que frecuentan los estudios de Hollywood.

Durante la pasada temporada veraniega, Sigrid llamó poderosamente la atención por su escultural belleza, de todos los bañistas de las risueñas playas del Pacífico. A no ser por la propaganda que de ella hizo la Paramount, nadie se hubiese enterado que aquella hermosísima muchacha era una de las figuras más predilectas del público cinematográfico.